



Paseo de las Delicias, 60.
Telégrafo LIBROJA.

Apartado 547.—Teléfono 1843.
Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

SUMARIO

- UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth.
- J PÉREZ RAMÍREZ
Mística.
- CARLOS MIRANDA
El imperio del amor libre.
- A. RODRÍGUEZ DE LEÓN
Rima de dolor.
- PEDRO DE RÉPIDE
La vocación.
- EZEQUIEL ENDÉRIZ
¡Pecado!
- ENRIQUE BOHORQUES
El idilio de un sueño.
- LUIS ARAQUISTAIN
¡Idilica!
- MANUEL CASADO
Aventura marroquí.
- TOVAR, DEMETRIO
Y AFRODITA
- Varios dibujos y retratos de
Herminia Molina, Electra,
Emilita Romé
y Conchita Muñoz.

HERMINIA MOLINA

"Cara bonita,, — nadie con más derecho que ella— de la revista "¡A 5 céntimos!,, que se representa todas las noches en el "Salón Madrid,, para honra y provecho de nuestro hermano en LA HOJA DE PARRA "Cyrano,,



5 céntimos



UNA sensata escritora se lamenta en *Mundo Gráfico* de que á consecuencia de la monomanía de muchas mujeres de querer introducirse en las cosas que son propias de hombres, éstos van dejando de ser galantes con ellas.

«Ya ni les ceden el asiento en los tranvías» dice con amargura.

La observación de la articulista, á quien no conozco, y ni siquiera sé si es señora ó señorita, peca un tanto de injusta, ó por lo menos, de exagerada. Habrá no pocos individuos que llevan sobre los hombros una lombarda por cabeza, que sean groseros hasta el extremo que cita, pero en general, los hombres nos apresuramos á dejar

el sitio á las damas, ó por lo menos, nos corremos para que pueda sentarse. ¿Quién no se corre ante una mujer guapa, ya en el tranvía ó en cualquier otro vehículo?

Por lo que á mi respecta, les diré á ustedes que soy de los que no les ceden el asiento por la razón sencilla que no me gusta ir en el interior de los tranvías; prefiero la plataforma por higiene y porque es mejor para eso del aprovechen, que decimos los clásicos, y como con mi opinión coinciden bastantes mujeres, resulta que se va mucho mejor fuera que dentro. Créame la señora ó señorita Camps.

En la plataforma hay movimientos bruscos por las paradas en seco, que autorizan á un ligero examen plástico; hay aglomeraciones que obligan á estrecharse, y siempre da la casualidad que cae uno al lado de alguna dignísima representante del otro sexo, y hay en fin varios elementos de distracción mucho más agradables que en el interior, donde no siempre huele á ámbar.

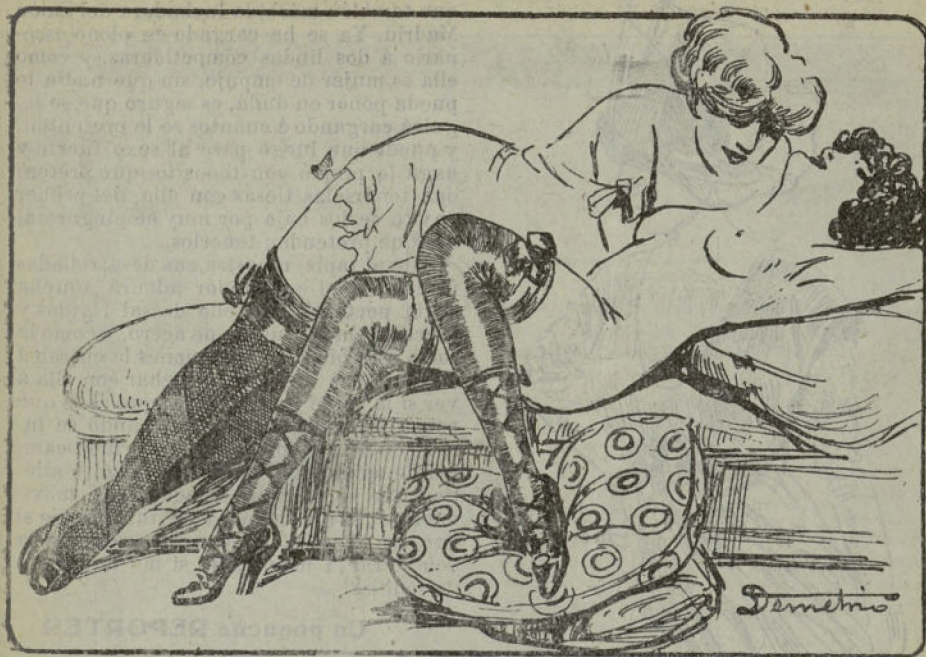
Y en punto á esta parte de la galantería tranviaria, las hay que no suben al carruaje, hasta que no lo hace la última señora que como ellas aguardan. Los estribos son altos y las faldas estrechas, y naturalmente, hay ci-



El.—Adiós, Lu'ú, ¿quieres tomar algo?

Ella.—Gracias, busco á un amigo que me convida á cenar.

El.—¡Siempre chupandol



—¿No huelen ustedes á aceite frito?

ne, y algunas películas son de las que llegan hasta la liga. Esto podrá ser una tontería, pero es muy nuestro.

Al llegar yo á París, me quedaba hecho una estatua al pie de los autobuses y de los tradicionales ómnibus, viendo cómo subían al coupé las lindas parisinas. ¡Las veces que me coupé gracias á esta irresistible curiosidad! Porque es que allí no le dan importancia ninguna á las piernas y claro, como las escalerillas de los grandes vehículos son muy empinadas y aquellas mujeres no se recatan ni les importa que sea empinada ó no, acaba uno por irse también á la empinada por muy estatua que se sienta.

El parisién, acostumbrado ya, no mira, ó si mira no ve, pero nosotros, adiv rados del espectáculo, hasta nos damos cuenta exacta de cuál de las viajeras se tiñe el pelo de la cabeza, por ciertos ó inequívocos detalles interiores. Y ellas, al fijarse que hay un mirón, tienen á gala proporcionarles los medios de que pueda informarse mejor. Vuelven la cara, sonríen intencionadamente y dicen para sus adentros: «Este ó es español ó americano». Te-

nemos esa fama. Una francesa muy guapa, tan diestramente vestía, que mirándola por el escote, veía yo el color de sus ligas, me decía una noche: «Los españoles, como son ustedes muy meridionales, tienen la sangre muy caliente», á lo que hube de replicarla: «Al lado de mujeres como usted, no hay más remedio que tenerla muy caliente». Aquello me valió una visita de honor con toda clase de pronunciamientos favorables, y el calificativo de galante. Vea, pues, la distinguida escritora de referencia, cómo, allende el Pirineo, tienen de nosotros el concepto de que la galantería, que ella teme que ha desaparecido de aquí porque algún canguro con gabán de travilla, no le haya cedido su asiento en el tranvía. ¡Con el gusto que da cederles la delantera á las señoras!, porque es lo que yo digo: ¿Para qué la quiere uno sino es para ellas?

Y eso que ahora vamos á tener que andar con cierto cuidado, porque á lo mejor, cree uno tener al lado un ser espiritual, completamente sensitivo, y le resulta un Ochoa con falda estrecha. Allí tienen ustedes el ejemplo de esa atlética, si



Creación HOJA DE PARRA.—Al ver esta mujer ¿no les da á ustedes la idea de pegarla? Pero no con un palo, sino como se pegan los sobres,

que también mórbida luchadora del Salón Madrid. Ya se ha cargado en pleno escenario á dos lindas competidoras, y como ella es mujer de empuje, sin que nadie lo pueda poner en duda, es seguro que se seguirá cargando á cuantos se le presenten, y puede que luego pase al sexo fuerte y haga lo propio con todos los que pretenden tenérselas tiasas con ella; del primer envite se los baja por muy empingorotados que pretendan tenerlos.

Sale al tapiz, muestra sus desarrolladas formas, y el espectador admira aquella regia pectoral y aquella dorsal rígidas y fuertes como si fuesen de acero, y como la socia está bien de atracciones le entran á usted ganas de subir á luchar con ella á ver si la rinde y se entrega, que es lo que ocurre, por regla general, cuando se lucha con una señora, pero en seguida cambia de opinión al ver el movimiento atlético que se trae. ¡Retroncho, qué movimiento! ¡A una hembra de tal empuje si que no le cedía yo espontáneamente la delantera! ¡Y menos aún si me la pidiese de rodillas!

Un pequeño REPORTER

MÍSTICA

Quiero ser santo, Señor;
 quiero las curvas veredas seguir;
 dadme, viviendo, un continuo morir
 todo incendiado de amor.
 Quiero la mística, penitencial
 vida de un santo varón: padecer
 el refinado placer
 loco de un auto-martirio sexual.
 Y enderezarme del suelo ruin—
 voluptuosa virtud—
 blancos los ojos..., con la laxitud,
 éxtasis lúbrico, de un serafín...
 Logre sufrir, por amor;
 diablos cornudos consiga ahuyentar;
 fuerte varón, sin desmayo pujar:
 y hembras desnudas me tienten, Señor...

J. PÉREZ RAMÍREZ

ESTA MUJER ESTÁ LOCA, PORQUE HABLA SOLA



—Decididamente prefiero que te afeites el bigote.
Biblioteca Regional de Madrid

ALDOP A IH COSAS DE «OTRO MUNDO»

El imperio del amor libre

Váis á ver cómo las gastan las tribus de Venezuela, tocante á las relaciones de los machos con las hembras.

No es el amor, en los indios de las regiones aquellas, como éste de los galanes con las damas europeas.

Los besos y las caricias, los mimos y las ternezas voluptuosas de los blancos, no los conocen siquiera; que allí, cuando un hombre elige la bronceína Dulcinea (que ha de ser, durante el resto de su apacible existencia, más que su airada «costilla», su amorosa compañera), le dice cuatro palabras de color rojo y cereza; le hace algunos agasajos de frutas, y caza y pesca, por los que la interesada conoce que ha sido «electa» por su rudo compatriota.

Los pretendientes esperan (dice un escritor *criollo*) á su elegida en la selva, po-

niéndose al pie de un árbol por donde ha de pasar ella (cuyas costumbres se saben de memoria); allí la acechan con tan sufrida cachaza y armados de una paciencia tal, que se pasan los días —y hasta las noches enteras— de su «adorado tormento» soñando con la presencia...

Quando va más descuidada la joven por la floresta, como llo ido del cielo, pónese delante de ella con intenciones *non sanctas*, y principia á hacerle señas tan perfectamente claras, definidas y concretas, que de la chica en el ánimo lugar á dudas no dejan sobre lo que el indio quiere lograr de grado ó por fuerza.

La india da un pequeño grito, y huye de él cual una cierva sorprendida por los perros en un claro de las selvas: pero el indio, que conoce divinamente el sistema que usan allí las «chavalas», rompe á correr detrás de ella con un afán y entusiasmo que yo creo que cualquiera de nosotros

se lo explica bien. (Por lo tanto; ¡¡ media frase más sobre este punto, que me da mucha vergüenza referir los incidentes de tan erótica escena!...)

La amada es un torbellino que los bosques atraviesa con rapidez; pero el hombre tiene más largas las piernas (generalmente) y la alcanza luego. Tan pronto como ella se siente por él cogida, sin oponer resistencia, ni decir una palabra de ridícula protesta, ni hacer el menor alarde de castidad é inocencia (y aquí copio textualmente, para que todos lo sepan, lo que dice el señor Matos Arvelo, en su obra) «se acuesta boca arriba —*naturaca!*— sobre la

LOS GROSEROS



Ella.—¡Filiberto, date la pomada en la nariz, que la tienes peor; hazlo por darme gusto!...

El.—¿Que tengo la nariz peor? ¿Que te dé gusto? ¡Antes me la cortol

hojarasca seca, y al socarrón de su amante con estoicidad se entrega».

(Corramos también un velo tupido sobre la escena con que los barés, piacomos, yabiteros, narequenas, banibas, maquiritarres, curripacos y otras yerbas, ejecutan las funciones del amor libre en las selvas —más ó menos «virginales»— del país de Venezuela).

Pero, decidme, lectoras de mi alma, ¿verdad que aquellas tribus de venezolanos saben bien lo que se pescan, supuesto que los amores de los machos á las hembras, aunque en idilio principien, concluyen siempre en tragedia, ya que el final de esos actos es una cosa sangrienta?

¿Para qué tantos remilgos, como los que aquí se emplean, si esa función nos la impone «la madre Naturaleza» cual ley que todos cumplimos, si no de grado, por fuerza?

—¡Viva, pues, el amor libre que se estila en Centro-América, y huyamos todos de España, para irnos á Venezuela!...

[Carlos MIRANDA

Rima de dolor

En el fondo del alma, cual recuerdos
del tiempo que pasó,
conservo las heridas que causóme
amor.

Heridas que me sangran lentamente
con implacable afán;
ojos del alma son en su constante
llorar!

Son bocas que delatan desengaños,
que delatan sufrir;
son el estigma de alevoso y fiere
vivir.

La hiel que vierten las heridas mías
lacera al corazón,
por eso es sólo mi existencia loca,
dolor.

Como un reptil por el humano suele
me arrastro sin cesar,
y descubro á la vez que hipocresía,
maldad.

Mendingando limosnas de cariño
para calmar mi sed,
me entregan al igual que á Jesucristo,
hiel,

Cansado de apurar hasta las heces
la copa del dolor,

llegué á implorar de ti, piadosamente,
amor.

Y fué, como un leproso, hasta tus plantas,
cansado de llorar,
implorando las rosas, que á mis llagas
de su eterno dolor redimirán.

Y tú no hiciste caso de mis súplicas;
¿recuerdas Asunción?



Ella.—Mira, Gustavo, cómo me pone de lisa este corsé.

El.—Pues sábetelo que es de doble efecto.

Te reiste implacable de mi eterno
dolor.

Y abandonado á mi insegura suerte,
pensando en ti, mujer,
sangrando las heridas de mi alma
hiel,

he de pasar por esta humana vida
como mártir de amor,
y moriré, en mis manos, torpemente
tremolando la enseña del dolor.

A. RODRÍGUEZ D. LEÓN

La vocación

Sor Filotea era en el monasterio de San Jerónimo de la Penitencia, la monja más cumplida en materia de fervoroso y santo celo, de todas cuantas se hallaban recoletas en el cenobio, consagradas al amor de Cristo su esposo, y la piadosa conquista de la eterna bienaventuranza.

Si todas sus hermanas en religión hallábanse siempre dispuestas á la mortificación y al sacrificio, acaso ella las superaba en desear ocasiones de lacerar su espíritu y su cuerpo. Precisamente atravesaba la patria española por días de singular zozobra, y las mismas gentes del siglo estaban sujetas á grandes tribulaciones. Eran en los días calamitosos de la invasión napoleónica, y la guerra de la Independencia había levantado el país en santo fuego contra los franceses intrusos. Los horrores de la continua y tremenda campaña llevaban el espanto por campos y poblados, y Sor Filotea al conocerlos sólo pedía al Altísimo una ocasión de padecer bajo el general azote como prueba á que anhelaba someterse en su anhelo de perfección.

Hasta ella había llegado la fama de lo acaecido en el reino de Nápoles á la llegada de las tropas francesas. Las religiosas llenas de sobresalto dentro de sus conventos, escuchaban los toques siniestros del clarín que anunciaba un nuevo atropello á cada uno de sus sonos. Ahora tocaban á saqueo. Luego tocaban á degüello. Y las pobrecitas llenas de natural inquietud no hacían sino mirarse unas á otras preguntándose:

—¡Ay, hermana! ¿Tocarán pronto á atropellar á las siervas del Señor?

Por fin llegó el momento en que los conventos se abrieron, y aquellas infelices vieron obligadas á pasear por las calles en compañía de la soldadesca, decidida á no respetar la virtud de las religiosas. Y para que se vea, hasta qué punto el deseo de mortificación había arraigado entre las víctimas, fué de notar el caso de cierta

hermana, no muy agraciada y ya de alguna edad, que, sin duda, por estas razones no había merecido la atención de los profanadores, pero que ¡oh, amor al sacrificio! deseaba de tal suerte correr la suerte de sus compañeras, que andando sola por las calles napolitanas, no hacía sino acercarse á todo soldado gabacho que pasaba, diciéndole con acento de imploración:

—¡Eh, señor francés, que yo también soy monja!

Sor Filotea conocía desde el rincón español de su monasterio, aquellas escenas ocurridas en tierras italianas, y permanecía silenciosa cada vez que escuchaba cómo las comentaban sus compañeras de claustro, ante la proximidad de algunas fuerzas del ejército francés, cuya llegada se anunciaba como muy próxima á la ciudad en otro tiempo tranquila y sossegada donde



—¡Querido lector, cuando veas una mujer

tenía su asiento el monasterio de San Jerónimo de la Penitencia.

Celebróse junta, y muchas de la comunidad llegaron en su terror á proponer un suicidio

colectivo antes que caer en manos de aquellos barbarotes. Entonces Sor Filotea decidióse á hablar.

—Yo no cometeré jamás el pecado de quitarme la vida que debo á Dios. Si el Señor nos manda á esos hombres para que nos mortifiquen, El en su gran Sabiduría sabrá por qué lo hace. Vengan esos mons-

truos que yo les espero resignada. Hágase sobre todo, la Divina Voluntad.

Una hermana atreviése á objetarla:

—Sabe Dios á qué infames caprichos habremos de vernos sometidas.

Y la venerable esposa del Señor, Sor Filotea, que era

UN CONSEJO



una mujer en la situación de ésta, sal corriendo ó tíntate la ropa, tíntatela bien

mujer de una filosofía admirable supo al punto contestarla:

—Y que pare en eso, hermana, y que pare en eso.

Pedro de RÉPIDE

¡Pecado!

A Flora Ceballos.

Yo tuve una querida á quien era lo mismo hablarla de la Iglesia que hablarla de Erotismo.

Mezclaba las caricias de sus ricas orgias con novenas y credos y con avemarías.

Un día, siendo mía, y yo de ella también, me contestó gozando del amor: ¡Amén!

Ezequiel ENDE RIZ

El idilio de un sueño

—¡Oh, qué hermoso el olor del azahar!

Es fuerte y da sensaciones voluptuosas. ¡Cómo llega á los sentidos! ¡Cómo nos envuelve mimosa, coquetonamente! Su caricia es lenta, pero nos aprisiona y se adueña de nuestra carne.

Y Rosita, la divina Rosita, mordía picarescamente su labio inferior y entornaba los ojos como evocando la visión del dueño de sus amores.

Aquellas noches de Mayo, serenas y visionarias, causaban no sé qué extraño efecto en su cuerpo joven, flexible como el junco del arroyuelo cercano... Y saltaba del lecho cautelosamente, contenía la respiración para no ser oída, y poco á poco, caminaba en la obscuridad, hasta acercarse á la ventana que daba al jardín. ¡Soberrano perfume el de los naranjos en flor!

Con los codos apoyados en el alféizar, contemplaba Rosita desde la ventana la grandeza de la noche, yendo sus pensamientos hacia el hombre preferido. ¡Oh, la dicha de amar! Aquella noche sentía la necesidad del amor, de un amor grande, inmenso,

como el cielo que aparecía á su vista, lleno de puntos de luz.

—¿Dónde estará José Antonio á estas horas?

Y su pregunta parecía dirigirla á una estrella brillante como sus ojos de fuego.

En un chopo cercano cantaba una trova de amores el ruiseñor, y un grillo frotaba rítmicamente sus élitros.

Y Rosita pensaba más y más en José Antonio en el mozo garrido, de ojos de hombre de mar. Ella no se atrevía á mirarle cara á cara. ¿Por qué? Ante su presencia una emoción inexplicable se apoderaba de su persona y bajaba la vista y no podía hablar. ¿Era quizás el preferido? La voz del mozo parecía que llegaba á sus

oidos, halagadora, sensual, y se estremecía al recordar la última frase del amado: «¡Es tan bonito quererse, nena!»... ¡Oh, sí, quererse mucho, mucho!... Y la frase de José Antonio la repetía embelesada, mientras que el trovador del chopo seguía su trova semidiurna y el grillo su monorrítico canto.

Aquella tarde había encontrado al mozo. Se hallaba junto al arroyo que circunda el jardín. «Dame la mano, Rosita.» Y le entregó una carta. Aquel papel le hablaba de sus ojos negros, de su boca de fuego y de sus carnes de nácar; él la querría siempre y hablarían por aquella ventana que

fraternal á la frente de Rosita y saturaba el recinto de aromas del huerto...

Y otra vez reanudaba su trova el enamorado del chopo; la estrella de luz intensa miraba amorosa.

Rosita, recordaba los versos de Carrère:

«Ven, caballero ideal,
ven, romero del amor,
ven á curar mi dolor
con tu mejor madrigal.

Suya es la voz de cristal
que suena en la lejanía.

Un suspiro prolongado y sensual...

De pronto, ruido de hojas que caen, de ramas que oscilan ante un peso que no pueden resistir. Por una rama del nogal que llega hasta la ventana subía el amor.

— ¡José Antonio!

— Sí, yo soy; yo que vengo á contar quereres. La noche es triunfal y obliga á ello. Miraba la luz de esa estrella y me decía muchas cosas de ti: que me esperabas amorosa junto á la ventana, que has besado mi carta muchas veces, que eres buena como el consejo de una madre y sabrosa como la miel de las flores. Ven á mí: la noche es triunfal y obliga á ello.

— ¡José Antonio!

— ¿Lloras?

— Es de querer.

— Qué bonitas están las flores cubiertas de rocío.

— ¡Oh, dices unas cosas! Tus palabras me seducen. No sé qué atracción misteriosa ejercen sobre mí.

— Es el amor.

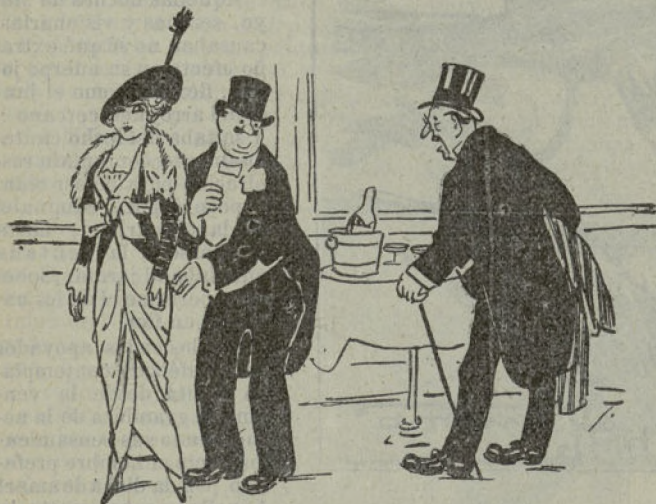
— ¡Qué hermoso es el amor!

— Dicen los poetas que tienen melenas y ojos azules.

— ¿No lo pintan con una venda en los ojos?

— Hace tiempo que perdió la venda.

LOS VIEJOS



Uno.—No me das envidia porque al fin y al cabo esta muchacha es la que hacía la limpieza en mi casa todos los sábados...

El otro.—Eso lo dices por despecho. ¡Qué más quisieras tú que hacerla á ella la misma operación que hacía en tu casa!

orlaba un jazmín. Pasearían bajo los manzanos olorosos y los almendros cuajados de flores, símbolos de fecundidad prodigiosa. Y sus labios juntos cantarían en un beso todo el santo poema de la vida. Era un gran poeta José Antonio.

La niña sacó de su seno alabastrino el papel del amado, sentóse con indolencia en una mecedora y llevó á sus labios la carta. Un beso rompió el silencio. Después... la respiración fuerte, ruidosa, como de algún tiempo contenida...

La brisa de Mayo, llegaba como hábito

Así ha podido llegar aquí por la rama de un nogal.

—Pero tú no tienes los ojos azules; son los tuyos del color del mar... No me mires así, me creo sumergida en un lago.

—No tengas miedo.

—¿Qué haces?

—Pongo el anillo de novios en tu mano. Desde hoy estás comprometida.

—¡Comprometida; qué fea es la palabra!... Se dice así: desde hoy mis pensamientos son los tuyos.

—Eres encantadora, Rosita. Tú serás la eterna compañera de mi vida... Un beso...

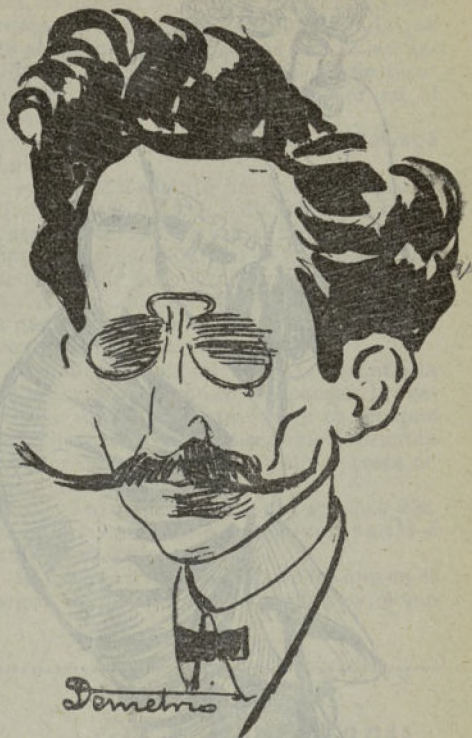
—¡José Antonio!

—Un beso, sí; un beso que selle para



Ella.—¡Ya me va molestando que seas tan embustero, por más que tus bolas as masco pero no las trago.

LOS NUESTROS



Alejo García Góngora

Todo él respira tristeza y melancolía, pero a pesar de eso, nuestro joven periodista es el terror de las cupletistas y por la calle la mar de niños le llaman papá.

siempre e recuerdo de esta noche triunfal...

—No; no José Antonio, no me beses así, parece que me muerdes, sí, me muerdes... Tus ojos verdes hieren la retina de los míos... ¡Ay!

Rosita despertó. Un rayo de sol se puso en sus ojos y rompió el idilio. Sobre una flor del jazmín que orlaba la ventana, brillaba una gota de rocío.

Es que BOHORQUES

¡IDILICA!



—Les prometí á ustedes enseñarles el hígado,
pero... ¿y si denuncian á Demetio?

Bajo la luz del sol, tibia y bermeja,
olando el andar y la mirada errante,
marcha en silencio la feliz pareja,
con el gozo de amar en el semblante.
De pronto, ella se para en el camino
y dice con ingenua picardía:
Te encuentro triste, amado, y no adivino
el por qué de esa ausencia de alegría.
Y él la responde así: Sabrás hermosa,
que he cometido un crimen en sagrado:
mientras dormías, te robé una cosa,
mas quiero devolverte lo robado.
Y ella replica dulce y sonriente:
Explicame tan singular delito;
quizás me muestre para ti indulgente
si tú te muestras ante mí con trito.
Y habla el doncel con timidez fingida:
Cuando bajé al jardín, bajo el ramaje
y sobre flores te encontré dormida;
¡parecias la driada del bosquejo!
Estabas tan radiante, con el seno
mal escondido bajo nivea toca,
que acercándome á ti, de amores lleno,
besos furtivos arranqué á tu boca...
—¡Qué atrevimiento el tuyo, y qué tunan-
[te!

dice ella con oculto regocijo:
tu falta no perdono, y al instante
que me devuelvas lo robado exijo.
Y alargando su rubia cabecita,
le presenta su boca perfumada
donde el feliz amante deposita
un beso que se esfuma en la enramada.
Mas ella, eterno manantial de amores,
aviva su pasión no satisfecha,
y con voz agitada de temblores
dice, siguiendo la amorosa endecha:
—Bésame más, mi amor, pues tengo el
[gusto

de imponerte el castigo que me beses;
ya que has devuelto lo robado, es justo
que me pagues también los intereses!
Y otra vez sus granados labios bellos
en reabiertos se ofrecen y amorosos,
y otra vez el amante bebe en ellos
mil perfumes y néctares sabrosos.
Y riendo y besándose á porfia
cruzan felices el jardín florido,
cortando aquí una flor con mano impia
y allí inhumanos descolgando un nido.
Pero la sangre se convierte en lava
cuando la hoguera del amor se extrema,
¡y hay un instante en que el idilio acaba
y en que empieza la carne su poema!

Luis ARAQUISTAIN

Aventura marroquí.

Lola Santurce no podía resignarse á estar separada por mucho tiempo de su Luis; un muchachote, rubio como un inglés y fuerte como un roble, á quien la Patria había obligado á prestar sus servicios de buen ciudadano en los territorios marroquies. Luis, que había *aflojado* dos mil pesetas por relucir su permanencia en filas, se encontraba ahora privado de las caricias de su Loli en tierras agarenas.

Pero Lola llevaba en su alma retazos de chispera y antes que una renunciación, prefirió pasar penalidades y compartir con su Luis las miserias y fatigas de la campaña. Y ni las sesudas razones de hombres respetables, ni las inquietudes de amigas timidas alejaron de su mente decisión tan arraigada. Y una mañana del mes de Julio, montó en el tren, llegó á Cádiz y, después de avisar por radiograma á su Luis, desembarcó en Larache á bordo de un correo africano.

Pero la contrariedad y el destino se oponían á sus planes, y donde esperó encontrar á su bien querido, encontró un capi-

tán de descuidada barba y ademanes sensuales que la puso en conocimiento de que su soldadito, hacia dos días que había salido de la plaza á guarnecer un destacamento, teniendo que permanecer en él tres meses.

—¿Y no podré ir á verle? —interrogó Lola.

—El destacamento ha quedado provisionado para un mes y dificulto que hasta pasado este tiempo salga ningún convoy para dicha posición, por lo cual no siendo acompañada por algún moro no podría ir á verle, y este procedimiento no aconsejo á nadie y mucho menos á una mujer joven y bonita como usted.

Agradeció Lola el consejo, desdeñó la galantería y, después de pensar brevemente (una mujer que quiere es incapaz de pensar diez minutos seguidos) formó la firme resolución de ver á Luis á costa de toda clase de sacrificios.

Buscó acompañante, y al siguiente día, caballera en asnal cabalgadura, partió á unirse con Luis.

El camino á recorrer era de los que en el argot militar se dicen *pacificados*, ó sea

4

que es el semanario de más atractivos y el que hace unos meses que los rotativos les ha echao la garra.

HABLADO

¡Ahí va LA HOJA DE PARRA!... ¡Hoy sí que viene buena LA HOJA DE PARRA!

EL CURIOSO LECTOR.]

(Desde una butaca ó desde un palco). ¡Chist... ¡Tú! Tráete una hojita de esas, y que sea buena; que es pa un enfermo. (El CHICUELO, obedece. EL CURIOSO LECTOR continúa, como si otro espectador le hubiese dicho algo). ¿Por qué me he de callar? ¡Vamos, hombre! Si entoaavía no han levantao el telón! (Breve pausa). Pues claro que tengo derecho. (Idem). ¡Pero si á la orquesta no se la oye! ¡Si está sinfónica! (Al CHICUELO que le da el periódico) ¿Y... dices que viene bueno? (Con sonrisa picaresca).

CHICUELO.

Canelita en rama. Es un semanario que atufa de castizó que es. (Transición)

¡¡¡ 5 CÉNTIMOS!!

Revista festiva, cómico-lirico-gráfico-bailable, en un acto, dividido en un prólogo y cinco cuadros. Original y en prosa.

LIBRO DE

Fulanito Mengáñez de Zutano

MÚSICA DE LOS MAESTROS

Quíslant y Romero

Estrenada en el SALON MADRID de la villa y corte, la noche del 28 de Enero de 1914.



MADRID

IMP. DE EDICIONES «ESPAÑA», (S. A.)
Paseo de las Delicias, 60

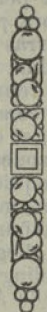
que fuera de ser desvalijado por malhechores agarenos ó privado de la existencia por alguna partícula de plomo más ó menos grande, podía aventurarse cual-

quier pacífico viajero sin temor á cosa mayor. Y sucedió, lo inevitable.

Que á poco de camino, hubo de sorprender á tan adorable caravana una partida

Tres "tonterías" de protagonistas de la revista ¡A 5 CÉNTIMOS!

(Seguirán otras).



Electra.
¡Para mascarla el hígado de bonita que es!

Emilita Romré.
uena actriz, elegante y cen un nacimiento de pñ-torrillas!..

Conchita Muñoz.
¡Espiéndida mujer!

REPARTO

PERSONAJES	ARTISTAS
Un chicoalo.	
El besuguito.	Ramóns Alvarez.
El oso.	
El cabrito.	
La ideal Ram.	Herminia Molina.
Paquita Molinete.	
La paloma.	
La zorra.	Emilia Romrée.
Desconocida 1.ª.	
Desconocida 2.ª.	Conchita Muñoz.
Desconocida 3.ª.	
La mona.	Jul'a Juredo.
Postal 1.ª.	
La jirafa.	Margarita Ascensio.
Postal 2.ª.	Srta. Electra.
El curioso lector.	Rafael Fernández.
La vieja del título.	Enrique Royén.
El gusano de luz.	
Las ombas locas.	Varias señeritas.

PRÓLOGO

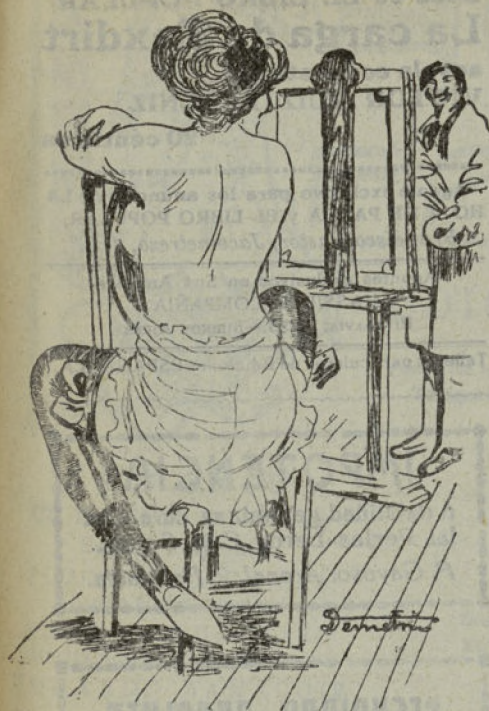
(La orquesta ataca el Preludio, sin que éste trate de repeler el ataque.—A su tiempo, surge por el patio de butacas Un Chicuelo, vendedor de periódicos).

CHICUELO.

(Cantando). ¡LA HOJA DE PARRA! periodiquito alegre que descacharra.

Es muy suficiente leer el Sumario, pa ver que es la crema de toas las revistas. Se trao los secretos de «El Confesionario» y las desanduces de nuestras artistas.

No habla de política ni da fleetin; pero, en cambio, publica postales de Don Escartin. ¡Allá va, señores, LA HOJA DE PARRA!



El pintor.—¡Cómo te pareces á la Giscondal...
E la.—¡Como que si me haces un buen retrato
 te van á llamar el pintor de la Mona Liss.

de musulmanes bandoleros que osaban cumplir la primera de las cláusulas á que más arriba, decía, están sometidos los territorios pacificados. Un morazo grande y brutalmente encantado de las bellezas carnales, al mando de unos cuantos compatriotas suyos, trató de desvalijar á la europea, pero plúgole más que el materialismo del robo, admirar la hermosura de la dama, y cual caballero agareno rindióla pleitesía y dispuso ofrendarla con albergue en su mansión cabileña.

Ordenó la conducción de Lola á cabila lejana, y ya, al finalizar el viaje el moro, no pudiendo contener su alborozo, cargó el fusil, echósele á la cara y disparó al aire.

Lola, quedó consternada al ruido del disparo y temió que su última hora había sonado, pero el agareno que como gata había tomado hubo de decirle:

—Señora, no tema. El moro hace *fantasia*. El moro cuando estar alegre disparar muchos tiros al aire.

—Pues que demuestren de otra manera su alegría pero que no tiren —advirtió Lola.

—No poder ser de otra manera; tener que ser así.

—Trataré de convencerles —pensó Lola para sí—, porque sino el tiempo que permanezca entre esta gente va á ser un sufrimiento continuo.

En esto llegaron á la cabila cuando la noche se venía encima. Al enterarse los cabileños de tan preciosa carga redoblaron los disparos y más bien que llegada de ganancioso botín, parecía encarnizado combate.

Lola, lloró, suplicó, rogó al morazo que sonriente y sensual trataba de abrazarla. El agareno traía entre sus manos el fusil



El marido.—¡Cada vez me gustas más!
Ella.—¡Y cada vez me lo demuestras menos!

cargado hasta la boca, los disparos continuados del camino hicieron que el cañón del mismo estuviera ardiendo. Se acercó más á ella y...

Lola contaba á su Luis, después de pasado el susto:

—No pude impedir que estuviera *tirando* toda la noche.

Manuel CASADO

Ya sabrán ustedes que en el Teatro Romea actúa la divina (y nunca mejor dicho) Pastora Imperio, bueno; pues ha debutado "Balder,, con sus muñecos, que es el "amo,, de hacer chistes, y si á esto se añade que cada día baila mejor esa preciosidad de bailarina que se llama "Ralip,,... de Romea, al cielo!

Leed en **EL LIBRO POPULAR**
La carga de Taxdirt
noveia completa por
VÍCTOR RUIZ ALBÉNIZ

20 céntimos

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA y EL LIBRO POPULAR.

Francisco Pastor, Jacometrezo, 1, 2.º

Agentes exclusivos en Sud América
MASSIP Y COMPAÑIA
RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S.A.)

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida á la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

IMPOTENCIA

ó debilidad genital, se cura con las Perlas-Leroy. Caja, 7 ptas.

F. Gayoso. Arenal, 2, Farmacia.

SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendréis si usáis las gomas higiénicas que vende

LA MASCOTA

GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por CINCO pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO francos ó UN dollar.

Los pedidos, con su importe, dirijanse UNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896).

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.